

Palabras pronunciadas por el Dr. Guillermo Calderón en representación de los nuevos académicos, con motivo de su ingreso a la Corporación, en la sesión solemne del 25 de junio de 1969.

**A**L HABÉRSEME conferido el alto honor de ser designado para dirigir a ustedes estas palabras a nombre de los nuevos miembros aceptados por esta Honorable Academia Nacional de Medicina, junto con la satisfacción que este hecho me produce, he sentido la gran responsabilidad de enfrentarme a más de un siglo de ciencia, tradición e historia de la Medicina Mexicana.

Expresar con palabras un estado anímico, es difícil, trasladar al papel en unas líneas la gran emoción, la profunda satisfacción y la seria responsabilidad que representa para cada uno de nosotros, el haber sido aceptados para pertenecer a esta Academia, máximo exponente del conocimiento y del progreso médico nacionales, resulta una labor ardua y difícil.

¿Cómo describir la sensación que sentimos en lo más profundo de nuestro ser, de poder figurar al lado de quienes han sido siempre nuestros orientadores y guías en el ejercicio profesional?

¿Cómo manifestar nuestro humilde sentir ante la ardua tarea que nos espera para poder seguir el camino que ustedes nos han trazado y ocupar con dignidad el sitio para el que hemos sido designados?

¿Cómo finalmente, poder expresar la seria responsabilidad que sentimos haber contraído con la profesión médica y con nuestra patria?

Ante este difícil, pero grande compromiso y careciendo de los floridos recursos de la retórica, voy a tratar de expresar a ustedes en forma muy sencilla, pero profundamente sentida, la emoción que me embarga en este día, evocando un recuerdo, expresando un juicio de reconocimiento y emitiendo un propósito.

Recordar, es volver a vivir las experiencias que por su trascendencia quedaron grabadas en nuestra mente y en este momento solemne, no puedo evitar el que mi pensamiento, como el de muchos de mis compañeros seguramente, se remonte hacia el pasado y al través de los años, me lleve al momento en que me inicié como estudiante en la carrera de medicina.

Recuerdo así, como si fuera ayer, mi primera incursión al vetusto edificio que frente a la Plaza de Santo Domingo ocupara nuestra antigua y querida Escuela de Medicina; la forma tímida y desconfiada en que recorrí por primera vez los viejos y hermosos patios del antiguo Palacio del Santo Oficio.

La extraña coincidencia de que el antiguo local que en él ocupaba esta Academia, se encontrara abierto y la mezcla de temor y respeto que sentí cuando atrevidamente me introduje al mismo. Cómo, en silencio, entre sus venerables muros con profunda emo-

ción contemplé los cuadros de los viejos maestros, que con su mirada austera, parecían decirme:

“Estás en el local de la Academia Nacional de Medicina, en este recinto se han expuesto todos los hechos importantes relacionados con el esfuerzo del hombre por promover la salud, o devolverla a quienes la han perdido y se han intercambiado las experiencias y descubrimientos de los médicos mexicanos en su lucha por ayudar a sus hermanos.

“Triunfos y fracasos, han halagado o desilusionado a tantos y tantos académicos distinguidos. Cuántos pensaron haber encontrado una solución a problemas médicos o sociales y como es lógico esperar que en una ciencia que se encuentra en un estado permanente de evolución, experiencias posteriores, en forma incontrovertible, vinieron a derrumbar o a confirmar sus anhelos y esperanzas.

“Cuántos otros, los más seguramente, aportaron sus conocimientos e investigaciones, que el tiempo ha comprobado, siendo motivo del reconocimiento nacional e internacional por su positiva contribución al progreso de la ciencia médica.

“Cuántos maestros han dejado la semilla fecunda de su saber y de su experiencia, en forma totalmente desinteresada a las nuevas generaciones, para beneficio de sus semejantes.

“Cuántos éxitos, cuánta alegría, y en algunas ocasiones, cuántas penas; pero en todos los casos, cuánta honradez profesional y qué elevada generosidad la de todos sus integrantes, sin excepción ninguna.”

El silencio del recinto se hizo más profundo. Con pasos lentos salí de aquel templo del saber y en los patios de la escuela, volví a mezclarme con la algarabía de los estudiantes, que en forma estrepitosa, propia de su edad, festejaban su ingreso a la institución en donde se formarían profesionalmente, para llegar con el tiempo a ocupar el lugar que la vida les señalara dentro del complejo mecanismo social de nuestra patria.

Han pasado los años. La Academia Nacional de Medicina, me ha señalado, primero como estudiante y después como profesional, el camino a seguir. Sus miembros, muchos de los cuales fueron mis distinguidos maestros, siempre me inspiraron profundo respeto por su extraordinaria actuación profesional y su indiscutible calidad humana, y en este día en que recibimos el alto honor de ingresar a ella, no puedo dejar de expresar, un juicio de reconocimiento a las instituciones y personas a quienes debemos esta señalada distinción.

A nuestra inolvidable Facultad de Medicina, Alma Mater, en donde adquirimos los conocimientos que nos han permitido llegar a este lugar. A nuestros queridos maestros, que supieron instruirnos como profesionistas y formarnos como hombres, ya que para ser médico, no basta el conocimiento, sino que es preciso además, comprender y amar a nuestros semejantes para poder brindarles ayuda. A esta ilustre Academia, máxima institución médica del país y que en este día nos abre generosamente sus puertas para ingresar a

su seno y finalmente, en el lugar de honor, a nuestros padres que nos dieron la oportunidad de aprender, algunos con holgura, otros a base de grandes sacrificios, pero todos con absoluto desinterés y cariño infinito. A nuestras esposas, que nos brindaron el apoyo necesario para perseverar y que han sido en nuestras vidas profesionales lo mismo el bálsamo que cura, que la palabra que alienta y finalmente a nuestros hijos que nos dieron el estímulo necesario para luchar, con el fin de poder dejarles lo único de que realmente puede jactarse el hombre, un nombre limpio y respetado.

Pero si recordar es inevitable y agradecer es obligado, en este día que señala el inicio de la etapa más importante de nuestra vida profesional, es preciso además proyectarnos hacia el futuro y reconocer que no basta con haber llegado, que no es suficiente el haber sido aceptados para ingresar a la Corporación; que en este día nos comprometemos solemnemente a trabajar con todo nuestro entusiasmo, con todo nuestro empeño y sin más límite que el que pueda fijarnos nuestra capacidad personal. Sabemos que la tarea no es sencilla, que caminar al paso que ustedes nos han señalado, implica esfuerzo, in-

terés y disposición de hacer las cosas y de hacerlas bien, pero tengo la seguridad de que sabremos corresponder a la confianza de quienes nos recomendaron para ingresar a la Academia y de quienes después de un estudio cuidadoso de nuestros antecedentes profesionales, emitieron el dictamen favorable que nos ha permitido estar hoy en este recinto a su lado y como nuevos miembros aceptados.

Señores Académicos, en nombre de los profesionistas que en esta fecha, la honorable Academia nos recibe en su seno, para finalizar, quiero decir a ustedes lo siguiente:

Observar un objetivo lejano, valioso y difícil de alcanzar, como puede ser para cualquier médico el llegar a pertenecer algún día a la Academia Nacional de Medicina, es una ilusión que puede tener el valor de una meta. Esforzarse mediante un trabajo profesional serio y productivo para lograr el derecho de aspirar a ser miembro de la misma, es una realidad tangible y constructiva. Lograr alcanzar el alto honor de ser aceptado como miembro de la Corporación médica más alta y distinguida de nuestro país, constituye para todos nosotros la satisfacción más honrosa de nuestra vida profesional.

---